

NOTAS DE LOS MARTIRES.

LIBRO PRIMERO.

NOTA PRIMERA.—Pág. 3. Musa celestial.

O Musa, tu chedi caduchi allori. Non circondi la-fronte in Elicona, etc. GIERUS. LIBER., canto 1.º strofa 2.ª

ii.—Pág. 3. El Eterno, que veía debilitarse en las prosperidades las virtudes de los cristianos, permitió á los demonios que suscitasen una nueva persecucion.

iii.—Pág. 4. Demodoco era el último vástago de aquellas familias Homéridas.

He adoptado la tradicion mas adecuada á mi argumento, pues es harto sabido que los Homéridas eran una rapsóda que recitaban en público diferentes fragmentos de la Iliada y de la Odisea. El nombre de Demodoco está sacado del último de estos poemas: Demodoco era un poeta ciego, que cantaba en los festines de Alcinoos; y creese generalmente que Homero se retrató á sí mismo en la pintura de aquel alumno de las Musas. Por medio de la ficcion de esta familia de Homero, me ha sido posible reproducir las costumbres de los siglos heroicos sin herir demasiado la verosimilitud, pues es harto probable que un anciano sacerdote de Homero, último vástago de este poeta, henchido el ánimo de las imágenes de la Iliada y de la Odisea y poeta á la vez, se mostrase depositario fiel de las patriarcales costumbres de su familia. En las montañas de Escocia se ven clanes ó tribus que conservan muchos siglos há el idioma, el traje y los usos de sus ascendientes. Sin el auxilio de esta ficcion, acaso bastante hermosa en sí misma, hubiera malogrado el embeleso y los sublimes rasgos de la mitología homérica. Entoncees se me hubiera con razon acriminado de que presentaba las costumbres cristianas en toda su juventud y lozania al lado de las costumbres paganas en su última decadencia. Y sirva esto de terminante prueba de la buena fe con que siempre procedo en mis trabajos literarios. Realmente, los mezuquinos dioses de Ovidio y los usos de la Grecia idólatra en el siglo iv, no hubieran podido sostenerse un solo momento al lado de la grandezza del naciente Cristianismo y del cuadro brillante de las virtudes evangélicas. Y téngase presente que Cimodocea, simbolo de las bellas artes de la Grecia, ha de salir de esta familia Homérida, para convertirse al Cristianismo y entregar la lira de Homero á la Musa santa.

iv.—Pág. 4. Del monte Taleo, caro á Mercurio.

El Taleo era una montaña de Creta donde se daba culto al dios Mercurio. Acaso le procede su nombre de Talo, compañero de los trabajos de Radamanto, personaje de quien

han hecho los poetas un gigante de bronce que combatió á los argonautas y fue muerto por los hechizos de Medea. (Véase á PLATAON y á POLONIO.)

v.—Pág. 4. Habia acompañado á su esposa á Gortines, ciudad construida por el hijo de Radamanto en las orillas del Leteo, no distante del plátano que brindó protectora sombra á los amores de Europa y Júpiter.

Era Gortines una de las cien ciudades de Creta. Los poetas han hecho de Radamanto uno de los tres jueces de los infiernos. El Leteo, riachuelo de Creta, recibió este nombre, porque en sus orillas Hermione olvidó á Cadmo. Habiendo descubierto los griegos en las márgenes del Leteo una especie de plátano siempre verde, publicaron que Júpiter lo habia hecho nacer, para ocultar sus amores con Europa. (Consultense los mitólogos, geógrafos y viajeros entre otros á TOURNEFORT.)

vi.—Pág. 4. Las cavernas de los Dáctilos.

Los Dáctilos Ideos eran en la opinion de algunos los sacerdotes de la diosa Cibeles, y en la de otros una especie de hombres religiosos, primitivos habitantes de Creta, que moraban en las cavernas del monte Ida, como puede verse en SOFOCLES, ESTRABON, DIODORO DE SICILIA y otros autores.

vii.—En el bosque sagrado donde los tres ancianos de Platon se sentaron para discutir acerca de las leyes.

Esta es una alusion á la hermosa escena con que se abre el Diálogo sobre las leyes. «Clinias, caminando un poco mas, hallaremos los bosques consagrados á Júpiter, muchos cipreses de asombrosa elevacion y belleza, y unas praderas en donde podremos sentarnos y descansar.» (LEYES DE PLATON. Lib. I.)

viii.—Pág. 4. Y mirar sonriendo y llorando á la vez aquel astro brillante.

Así mira Andrómaca á Astianaz: ILIAD., VI, v. 488.

Tambien es Homero quien compara á Astianaz con un astro hermoso. ILIAD., VI v. 402.

ix.—Pág. 4. Los habitantes de la Mesenia hacian construir á la sazón un templo á Homero.

Casi todas las ciudades que se disputaban la gloria de haber sido la cuna de Homero, erigieron templos en su honor. Tolomeo Filopator le construyó uno magnifico; en Quio se celebraban juegos en loor de este gran poeta; y en Argos se le invocaba á la par de Apolo.

x.—Pág. 4. Impelido por un viento próspero, su bajel descubrió en breve el promontorio de Tenaro; y siguiendo las costas de Etilos, Tálamos y Leuctres, fue á anclar á la sombra del bosque de Coerio.

El Tenaro, hoy cabo Matapan, es el último promontorio de la Laconia, en el cual se veia un templo de Neptuno y un boqueron que conducia á los infiernos. Etilos, Talama, Leuctres, etc. eran unas ciudades situadas en el litoral de la Laconia, á la falda del monte Tajeto en el golfo de Mesenia. (Véase á PAUSANIAS.)

Estas ciudades nada ofrecen ya digno de la atencion del viajero. D' Anville pretende que Betilo es Etilos; acaso Talamos es Calamata, aunque es mas probable que la Calamata moderna es la Calamé de los antiguos. No debe confundirse la Leuctres del golfo de Mesenia con la Leuctres de la Arcadia, ni tampoco con la Leuctres memorable por la victoria conseguida en sus campos por Epaminondas.

xi.—Pág. 4. Véase allí al poeta, representado bajo la forma de un caudaloso rio, al cual llegaban otros rios para llenar sus urnas.

Este ingenioso emblema, inventado por la antigüedad, ha movido á Longino á decir, hablando de las imitaciones de Platon: «Se ha bebido en Homero como en un abundante manantial del que ha hecho correr una inñinidad de arroyuelos.» (Tratado de lo sublime cap. XI.) ; Cuán dichoso me consideraria si hubiere bebido tambien algunas gotas de agua en tan caudaloso y rico manantial!

xii.—Pág. 4. El templo dominaba la ciudad de Epaminondas.

Esta ciudad de Mesena fue edificada por el general Tebano, despues de haber derrotado los espartanos y restituido á los mesenios á su patria. Pelegrino no habla de Mesena; el abate Fourmont la visitó hácia el año de 1754 y contó treinta y ocho torres todavia en buen estado.

Yo descubri estas ruinas á mi izquierda al atravesar la Mesenia en direccion á Tripolitza al pié del Ménalo en el valle de Tejeo. Mr. de Pouqueville, viajando desde Navarino, (la antigua Pilos) y siguiendo casi el mismo camino que yo, debia dejar estas mismas ruinas á su derecha. (Véase á PAUSANIAS; los viajes del joven Anacarsis, á PELEGRINO en su viaje á Morea.)

xiii.—Pág. 4. El oráculo habia decretado se abriesen los cimientos del templo en el mismo lugar que Aristómenes eligiera para enterrar la urna de bronce de que pendian los destinos de su patria.

Nadie ignora las famosas guerras de los espartanos y mesenianos; estos, viéndose próximos á ser subyugados recurrieron á la religion.

Segun dice Pausanias, se custodiaba un monumento al que estaban vinculados los destinos de la Mesenia, cuyos habitantes, si perdian aquel monumento sagrado, debian ser del todo destruidos; y por el contrario, si lo conservaban se levantarian algun día de entre sus ruinas. Aristómenes se llevó furtivamente durante la noche aquel monumento y lo enterró en el mas desierto lugar del monte Itomo.

El monumento era una urna de bronce que contenia algunas láminas de plomo, en las cuales estaba grabado todo lo concerniente al culto de las grandes diosas. Epaminondas halló esta urna, llamó á los mesenianos fugitivos y edificó á Mesena.

xiv.—Pág. 4. Las aguas del Amfiso, del Pamiso y del Balira, en que el ciego Tamiris dejó caer su lira.

El rio Pamiso era considerado como el mas caudaloso del Peloponeso; y no obstante, mi barca que solo calaba algunas pulgadas de agua, quedó encallada en su embocadura. El Amfiso, segun Pausanias, es tributario del Balira. Habiéndose atrevido el poeta Tamiris á desafiar á las Musas en el arte de cantar, quedó vencido y se vió privado súbitamente de la vista por ellas; por lo cual despedido dejó caer, segun otros autores, su lira en el Balira. Platon dice que el alma de Tamiris, pasó al cuerpo de un ruiseñor. (Consultese tambien la ILIADA.)

xv.—Pág. 4. La adelfa y el arbusto predilecto de Juno.

Este arbusto es el agnus castus. En Samos, este vegetal era sagrado, y se creia que Juno habia nacido á su sombra: he nombrado con preferencia estos dos arbolillos, porque los he visto abundar mucho en la Grecia

xvi.—Pág. 4. Andamies, testigo de las lágrimas de Mérope; Trica, que vió nacer á Esculapio; Gerenia, que conserva el sepulcro de Macaon; Feres, donde el prudente Ulises recibió de mano de Ifito el arco fatal á los amantes de Penélope; y Estenidara, que resuena con los cantos de Tirteo.

Cresfonte, dice Pausanias, casó con Mérope; los antiguos reyes de Mesenia residian en Andamies; y la hermosa tragedia de Voltaire ha dado á conocer á Mérope á todos los lectores.

Segun los mesenios, dice tambien Pausanias, Esculapio habia nacido en Trica, pueblito de la Mesenia. Otras tradiciones hay relativas á Esculapio; mas yo he seguido la que mejor se avenia con mi argumento. «Véase en Gerenia, dice el mismo Pausanias, el sepulcro de Macaon.»

Feres, donde el prudente Ulises recibió de Ifito el arco fatal.

Hé aqui el pasaje de Homero:

«Este arco era un don de Ifito, hijo de Eurites, semejante á los inmortales. Ifito habia ido á Mesenia y encontró á Ulises en la casa del generoso Orsiloco.» (ODISEA, lib. XXI.)

En vista de esto he creído que podria, al hablar de Feres, mencionar la circunstancia del don del arco, puesto que Orsiloco vivia en Feres, segun testimonio de Pausanias y del mismo Homero.

Y Estenidara que resonaba con los cánticos de Tirteo.

He escrito Estenidara y no Estenidera por parecerme mas conveniente á la armonia. Sabido es que durante las guerras de Mesenia, los lacedemonios pidieron un general á los atenienses, y que estos les enviaron á Tirteo, maestro de niños, feo y cojo. Los enemigos se encontraron en la llanura de Estenidara, en un lugar llamado el Monumento del Javalí. Tirteo estaba presente en la accion y alentaba á los lacedemonios con elegias guerreras que toda la antigüedad ha ponderado como sublimes. En la coleccion de los poetas griegos menores, pueden verse algunos fragmentos, restos de las poesias de Tirteo.

xvii.—Pág. 4. Este encantador país, sujeto en otro tiempo al cetro del anciano Neleo, presentaba de esta suerte desde el vértice del Itomo y del peristilo del templo de Homero, un canastillo de frondosidad de mas de ochocientos estadios de circunferencia.

Neleo, espulsado de Yolcos, ciudad de Tesalia, se retiró al lado de Afareo, primo hermano suyo, á la sazón reinante en Mesenia, quien le dió á Pilos y todo el país situado en la orilla del mar. Afareo tuvo dos hijos, Linceo é Idas, que hicieron la guerra á los dioscuros, y en ella perecieron. La Mesenia despues de su muerte, pasó al dominio de Nestor, hijo de Neleo. Por lo tocante á la estension de la Mesenia, he seguido el cálculo del abate Barthelemy, que se apoya en la autoridad de Estrabon, lib. VIII.

xviii.—Pág. 4. Aquel horizonte, único en la tierra, reproducia el triple recuerdo de la vida guerrera...

Toda esta descripcion de la Mesenia se ha escrito en aque mismo país, y nada he quitado ni añadido al cuadro, siendo por consiguiente exactísima. Un crítico, que por otra parte me ha tratado con la mayor cortesia, encuentra singular esta frase: «Dibujan en los valles como unos arroyos de flores;» pero esta espresion parecerá, segun creo, muy verdadera á todos aquellos que hayan estado en la Mesenia. No he podido presentar de otro modo lo que estaba viendo. Casi todos los rios, ó mejor, riachuelos de la Grecia, están en seco durante el verano: sus álveos se llenan entoncees de adelfas, sauzgatillos y retama: estos arbustos, plantados en el fondo del barranco, no sacan mas que sus copas sobre el nivel del suelo de la orilla; y como siguen las sinuosidades del seco torrente donde crecen, sus floridas cimas, culebreando así

en medio de una tierra abraçada, presentan realmente al ojo la imagen de unos arroyos de flores. El siguiente pasaje de mi *Itinerario* servirá de comentario á mi descripción de la Mesenia:

«Todavía era de noche cuando salimos de Modon, en otro tiempo Metona, en Mesenia. (El buque en que partí de Trieste me había desembarcado en Modon.) Parecíame caminar por los desiertos de América, pues reinaba allí la misma soledad y el propio silencio. Dirigímonos hacia el Mediodía y pasamos por un dilatado olivar. Al rayar el alba nos hallá-bamos ya en la cumbre de unos montes, los mas áridos que he visto jamás. Caminamos por allí unas dos horas, sin ver mas yerbas que juncos y matorrales espinosos y casi secos. Por entre los olivares descubrimos el mar hacia Levante: bajamos despues á un vallecito donde vimos algunas tierras sembradas de cebada y algodón. Atravesamos un arroyo casi seco, en cuya madre crecían la adelfa y el *agnus castus*, arbusto muy lindo, cuyas hojas son ahovaladas y menudas: Juno había nacido bajo este arbusto, célebre en Sámos. Cito estos dos arbustos, porque se hallan en casi toda la Grecia, y son los únicos que cuajan aquellos sitios, desiertos ahora, y antes tan hermosos y risueños. Debo decir aquí á este fin, que en la patria del Ilió, del Alfeo y del Erimanto, no he visto mas que tres rios que no se hayan secado, el Pamiso, el Cefiso y el Eurotas. Es necesario que se me perdone la especie de indiferencia, y diré casi impiedad, con que escribo á veces los nombres mas célebres y armoniosos, pues aunque uno no quiera, se familiariza en Grecia con Temístocles, Epaminondas, Sófoles, Platon y Tucídides; y es menester mucha veneración poética para no pasar el Citeron, el Menádo ú el Liceo, como se trasponen los montes vulgares.

«Llegando al estremo de dicho valle empezamos á trepar por nuevos montes: nuestro guía me iba repitiendo nombres que me eran desconocidos; pero juzgando por la situación aquellos montes debían formar parte de la cordillera Temática. Entramos luego en un olivar donde había muchas adelfas, *agnus castus*, cornisos y otros arbustos. Dominaban el olivar varias rocas encumbradas; y habiendo subido nosotros á lo mas alto de ellas, descubrimos el golfo de Mesenia, rodeado por todas partes de montes, entre los que sobresalía el Itomo, por hallarse separado de los demás, y el Tajeto, por sus dos agudos picos: al ver aquellos famosos montes, los saludé repitiendo cuantos versos sabía en su elegio.

«Un poco mas abajo de la cumbre del Tematio, tirando hacia Coron, vimos una miserable alquería griega, cuyos habitantes huyeron al acercarnos nosotros. Conforme íbamos bajando, descubríamos á nuestros piés la rada y el puerto de Coron, donde se veían anclados algunos buques: la escuadra del capitán-baja fondeaba al otro lado del golfo hacia Calamata. Al llegar á la llanura que está al pié de los montes, y que se extiende hasta el mar, descubrimos una aldea, en medio de la cual se veía un castillejo, y junto á ella había un gran cementerio turco, cubierto de cipreses. Mi guía, al enseñarme aquellos árboles, los llamaba *parisos*. Un habitante de la antigua Mesenia me hubiera contado en otro tiempo la historia de aquel jóven de cuyo nombre solo han conservado la mitad los mesenios modernos; pero este nombre, aunque desfigurado, pronunciado en aquellos parajes, delante de un ciprés y del Tajeto, me causó un placer que alcanzarán muy bien los poetas. Tenia yo un consuelo al mirar los sepulcros de los turcos, considerando que los bárbaros conquistadores del Peloponéso habían encontrado tambien la muerte en aquella tierra, lo mismo que los mesenios. Por lo demás, estos sepulcros presentaban una vista muy agradable: la adelfa crecía al pié de los cipreses, que parecían unos grandes obeliscos: entre aquellos árboles revoloteaban millares de tortolillas: la yerba se mecia blandamente alrededor de las columnitas fúnebres, decoradas con turbantes: una fuente construida por un piadoso gerife derramaba su raudal en el camino para alivio de los viajeros. Hubiérame detenido con gusto en aquel cementerio, donde el laurel de Grecia y el ciprés de Oriente parecían recordar dos pueblos, cuyas cenizas descansaban en aquel sitio.

«Desde este cementerio á Coron hay una hora de camino, y nosotros pasamos siempre por entre grandes olivares sembrados de trigo ya medio segado. El terreno, que de lejos parecía una llanura igual, está cortado por algunas tor-renteras desiguales y profundas. Mr. Vial, que entonces era cónsul de Francia en Coron, me recibió con aquella hospitalidad tan general en los cónsules de Levante. Llévome á su casa, despidió á mi genizaro de Modon, y me dió uno de los suyos que me acompañase por la Morea y hasta Atenas. Como el capitán-baja hacia entonces la guerra á los maniotas, no pude pasar á Esparta por Calamata, que, si se

quiere, será Calation, Cardamila ó Talama, en la costa de la Laconia, casi en frente de Coron. Resolví, pues, dar una gran vuelta, é ir á buscar el desfiladero de las Puertas, uno de los *Hermos* de la Mesenia; pasar luego á Tripolitza para alcanzar del Bajá de Morea el firman necesario para pasar el itsmo; volver de Tripolitza á Esparta, y desde aquí tomar por las montañas el camino de Argos, de Micenas y Corinto.

«La casa del cónsul dominaba el golfo de Coron, y desde mi ventana veía el mar de Mesenia pintado del mas hermoso azul: enfrente y al otro lado de este mar se levantaba la alta cordillera del Tajeto, cubierta de nieve, y comparada con razon con los Alpes por Estrabon, pero con los Alpes bajo un cielo mas hermoso. A mi derecha se extendía el ancho mar, y á mi izquierda, en lo interior del golfo, descubría el monte Itomo, aislado como el Vesubio, y truncado como él en su cima. No podia apartar la vista de aquel espectáculo. Qué ideas me inspiraba el aspecto de aquellas costas desiertas de la Grecia, donde solo se oye el incesante silbido del viento y el bramido de las olas! algunos cañonazos que el capitán-baja hacia tirar de cuando en cuando contra las rocas de los maniotas, eran la única rosa que interrumpía aquel triste ruido con otro mucho mas triste aun: en toda la extensión de los mares no se descubria mas que la escuadra de aquel caudillo de bárbaros; lo que me traía á la memoria aquellos piratas americanos que plantaban su sangrienta bandera en una playa desconocida, tomando posesion de un hermoso país en nombre de la esclavitud y de la muerte: ó mas bien creía ver las naves de Alarico alejarse de la Grecia reducida por él á cenizas, llevándose los despojos de los templos, los trofeos de Olimpia, y las rotas y mutiladas estatuas de la libertad y de las artes.

«Partí de Coron el dia 14 de agosto, á las dos de la mañana, etc.»

xix.—Pág. 4. Hierocles había pedido á Cimodocea por esposa.

He aquí la piedra angular del edificio. El motivo de la negativa de Demodoco y el odio de Cimodocea quedan plenamente justificados, atendiendo al carácter y á la persona de Hierocles.

xx.—Pág. 4. Decían los males que constituyen el triste patrimonio de los hijos de la tierra.

Todo lo que sigue alude á varios pasajes de la *Iliada* y de la *Odisea*. Ulises es quien siente morir antes de haber vuelto á ver el humo de su querido hogar; los hermanos de Andrómaca son los que fueron muertos por Aquiles mientras guardaban los rebaños, etc.

xxi.—Pág. 5. Aquella moderacion, hermana de la verdad, sin la cual todo es mentira.

Suprimiendo aquí las dos comas, se ha querido hacer de estas palabras una frase ridicula, en virtud de la cual yo diria que todo es mentira sin la verdad. Tal es la buena fe con que procede la critica sistemática.

xxii.—Pág. 5. Cierta dia fue á larga distancia á coger el dictamo con su padre.

El dictamo vegetal tan conocido en Creta, se produce tambien en muchas montañas de la Grecia donde le he visto florecer.

xxiii.—Pág. 5. Y habiendo seguido.... á una cierva herida por un arquero de Oecalia.

Non illa feris incoguita capris  
Grámína, cum tergo volucres hoseret sagittas  
..ENEID., XII. 414.

xxiv.—Pág. 5. Al punto se esparció el rumor de que Nestor y la mas jóven de sus hijas, la bella Policasta, se habían aparecido á unos cazadores en los bosques de Ira.

Policasta condujo á Telémaco al baño cuando fue á pedir á Nestor noticias de su padre. (ODISEA. Lib. III.)

Habia en Mesenia una ciudad, una montaña y un rio con el nombre de Ira. El ascido de Ira por los lacedemonios duró once años y terminó con el cautiverio y la dispersion de los mesenios. (PAUSANIAS.)

xxv.—Pág. 5. Acercábase la fiesta de Diana-limnática.... Esta pompa, funesto origen de las antiguas guerras de Lacedemonia y Mesenia....

Diana-Limnática tenia un templo en las fronteras de la Mesenia y de la Laconia. Unas doncellas espartanas que habían ido á la fiesta de esta diosa, fueron violadas por los mesenios. (PAUSANIAS.) Tal fue el origen de las guerras de Mesenia.

xxvi.—Pág. 5. La estatua de Diana colocada sobre un altar en medio del templo....

Es la Diana antigua del Museo.

xxvii.—Pág. 5. Cimodocea al frente de sus compañeras, en número igual al de las ninfas Oceánicas entonó el himno á la virgen Blanca.

Las ninfas Oceánicas eran sesenta y formaban el séquito de Diana, la cual tenia como Minerva el nombre de virgen Blanca á causa de su virginidad.

xxviii.—Pág. 5. Diana, reina de los bosques, etc.

Phœbe sylvarumque potens Diana,  
..... date quæ precamur  
Tempore sacro,  
Quo sibyllini monere versus  
Virgenes lectas, puerosque castos  
Dis, quibus septem placere colles  
Diceret carmen.  
  
Di probos mores docili juventa,  
Di senectuti placida quietem,  
Romulae genti date remque prolemque;  
Et decus omne.  
  
HOR., CARM. SÆG.

Los lectores que se tomen la molestia de comparar mi himno con el de Horacio, verán que difiere de mi modelo en muchos puntos.

xxix.—Pág. 5. Siendo inmolado un ciervo blanco á la reina del silencio.

Se ofrecían á Diana frutos, bueyes, moruecos y ciervos blancos. He creído que podía aventurar la calificación de reina del silencio, siguiendo á Horacio.

xxx.—Pág. 5. Era aquella una de las noches, cuyas transparentes sombras....

Nada he imitado en esta descripción, sino el último rasgo que es de Homero: Sentado en el valle, el pastor contemplaba la luna.

xxxi.—Pág. 5. Aquellas encantadas sol dades donde los antiguos habían colocado la cuna de Júpiter y la de Licurgo.

Es sabido que Júpiter fue criado en Creta en el monte Ida; pero otra tradición suponía que lo había sido en el monte Itomo. (Véase á PAUSANIAS.) Yo he seguido esta última.

xxxii.—Pág. 5. De los leones de Cibeles, bajando al bosque de Oecalia.

Oecalia, en Mesenia, estaba consagrada por los misterios de las grandes diosas.

xxxiii.—Pág. 5. Las alturas del Turia.

A seis estadios del mar se encuentra Feres; y ochenta estadios mas arriba en lo interior se halla la ciudad de Turia. Homero le da el nombre de Antea. (PAUSANIAS in MESSEN., cap. XXXI.)

«Epeia nuné Thuria vocatur, dice Estrabon; vox Celsam significat, quod nomen inde habet, quod in sublinis colle est sita.» (Lib. VIII.)

xxxiv.—Pág. 5. El Laberinto, cuyos rodeos imitaba aun la danza de las jóvenes cretenses.

Créese generalmente que la danza cretense conocida con el nombre de Ariadna, era imitación de los rodeos del Laberinto. Homero la coloca en el escudo de Aquiles.

xxxv.—Pág. 6. En esta actitud representó un hijo de Apeles el sueño de Eudimion.

He considerado muy justo tributar este débil homenaje al autor del peregrino cuadro del entierro de Atala. Desgraciadamente no posco el arte de Mr. Girodet, y mientras el hermosa sus pinturas, yo temo mucho desfigurar las suyas; por lo demás, este cuadro del sueño de Eudoro no es en todo parecido al sueño de Eudimion por Mr. Girodet. Algunas de sus partes las he tomado del bajo relieve que se ve en el Capitolio, y que representa el mismo asunto.

xxxvi.—Pág. 6. Y nunca mi madre, ya víctima de tus iras, sintió orgullo, por haberme dado á luz.

Alusion á la aventura de Niobe.

xxxvii.—Pág. 6. ¡Cómo! dijo Cimodocea, ¿no eres el cazador Endimion?

Este encuentro de Eudoro y Cimodocea ha agradado al parecer generalmente. Los que lo han criticado han dicho que Cimodocea hablaba mas de lo que debía una jóven griega, pretendiendo que esto era contra la verdad de las costumbres. Mi respuesta á los criticos es muy sencilla: Homero tiene la culpa. Nausicáa habla mucho mas á Ulises que Cimodocea á Eudoro, y aun es tan largo el razonamiento de Nausicáa, que ocuparía aqui demasiado espacio, y por este motivo tengo que remitir al lector al original. (Véase la ODISEA, lib. VI.) Aquellas largas habladurias, si me atrevo á pronunciar esta blasfemia, aquellas repeticiones, aquellas circumlocuciones digresivas, son otro de los caracteres del estilo homérico: y yo debía imitarlos, sobre todo en el punto en que se encuentran mis dos personajes principales, para hacer resaltar la prolijidad pagana con el laconismo del habla cristiana. Por lo tocante al anacronismo de costumbres, ya me he explicado en la nota tercera. Si necesitase alguna otra autoridad, á mas de la de Homero, la hallaría en los trágicos griegos. Ifigenia, (en la *Ifigenia en Aulida*), confía sus pesares al coro, compuesto de mujeres de Cálcis, á quienes no ha visto nunca: quiere tener la elocuencia de Orfeo para mover á Agamenon; apostrofa á los bosques de la Frigia y á las montañas de Ida; habla de aguas puras, de floridos prados, donde crecen la rosa y el jacinto; y amontona otras mil vulgaridades poéticas, que ninguna conexión tienen con el asunto. Electra, en los *Cœfuros* de Esquiles, reconoce pronto á Orestes; pero ¡cuán interminable es su conversacion con su hermano, extranjero desconocido para ella, en Sófoles y en Eurípides! nuestros primeros poetas han atendido tan poco á esta supuesta inverosimilitud de costumbres, que, imitando á los antiguos, han hecho siempre hablar muy prolijamente á las princesas jóvenes. Yo hago muy mal en refutar seriamente lo que no puede llamarse critica seria.

xxxviii.—Pág. 6. Yo soy hija de Homero el de los cantos inmortales.

Esto no es mas extraordinario que el oír á Nausicáa contar su genealogia y la historia de su padre y de su madre á Ulises, á quien encontró enteramente desnudo en un matorral. Cuando se pretende criticar á un autor, debe á lo menos conocerse á fondo el asunto de que se trata.

xxxix.—Pág. 6. La Noche sagrada, esposa del Eros y madre de las Hespérides y del Amor.

Cuando hay muchas tradiciones sobre un mismo asunto, me valgo de la menos conocida ó de la mas agradable para rejuvenecer los cuadros mitológicos; lo que, como se deja ver, es el colmo de la imparcialidad. Así pues el amor, á quien los poetas hacen comunmente hijo de Venus, aparece en este cuadro hijo de la Noche: alegoría no menos bella que la primera y mucho menos conocida.

xl.—Pág. 6. Yo no veo sino astros, que publican la gloria del Altísimo.

Caeli enarrant gloriam Dei.  
(PSALM. XVIII, 1.)

xli.—Pág. 6. Me vendieron en un puerto de Creta que dista de Gortines... Lébenes... Teodosia... Mileto.

Lébenes era el puerto ó escala de Gortines, y distaba noventa estadios de esta ciudad, segun dice Estrabon. (ESTRAB. lib. X.)

Teodosia era una ciudad del Quersoneso Táurico abundante en trigo, que se vendia en todo el Levante; segun dice el mismo Estrabon, lib. VII. pág. 509.

xlii.—Pág. 6. Las crueles Ilitias.

Las Ilitias eran unas diosas que presidian los partos. Eurimedusa las llama crueles, porque Epicaris muriera al dar á luz á Cimodocea. Diana es invocada en Horacio con el nombre de Ilitia:

Rité matus aperire partus  
Lenis Ilithya, tuere matres.  
HOR. CARM. SEC.

xliiii.—Pág. 7. Desvió la cabeza, temiendo ver al dios y morir.

Creíase que la manifestación repentina de la divinidad causaba la muerte. (Véase una nota de Mad. Dazier, sobre un pasaje del libro XVI de la Odisea.)

xliv.—Pág. 7. Y pasando las fuentes de Arsinoe y Clepsidra...

«Vese allí (en el monte Itomo) una fuente llamada Arsinoe en la que confluyen las aguas de otra fuente llamada Clepsidra» (PAUSANIAS in *Mesen*. cap. XXXI.)

xlv.—Pág. 7. El desgraciado padre estaba sentado en tierra cerca del hogar, y cubierta la cabeza con su manto, regaba las cenizas con sus lágrimas.

Sabido es que los suplicantes y los desgraciados se sentaban en el hogar entre las cenizas, como puede verse en el libro XVI de la ODISEA y en la vida de TEMISTOCLES, escrita por Plutarco.

xlvi.—Pág. 7. Tales son los gritos con que resuena el nido de los pajarillos, cuando la madre lleva el alimento á sus hijuelos.

Esta comparacion ha sido muy criticada, pues en concepto de algunos el dolor ó el gozo moral no pueden compararse en ningun caso con el movimiento del dolor ó de las necesidades físicas. A ser cierta tan peregrina objecion, preciso seria rechazar toda comparacion y hasta suprimir la misma poesía, puesto que las comparaciones y la poesía consisten especialmente en trasladar, por decirlo así, lo físico á lo moral y lo moral á lo físico; doctrina reconocida por todos los críticos que merecen este nombre.

Por lo demás, esta comparacion se ve en el libro XVI de la *Odisea* y casi en las mismas circunstancias que aquí se pintan.

xlvii.—Pág. 7. Hubiérase visto á tu padre contar

su dolor al sol. Era esta una antigua costumbre que se encuentra en los trágicos griegos. Yo casta en las Fenicias, abre la escena con un monólogo en el cual apostrofa al astro del dia. Esto produjo el hermoso verso de Virgilio:

¡Solem quis dicere falsum  
Audeat?

xlvi.—Pág. 7. El destino del anciano que muere sin hijos, es digno de compasion. Todos huyen de su cadáver...

Imitacion de Solon. Este gran legislador era poeta y nos quedan de él algunos fragmentos de una especie de elegia política en la coleccion de los poetas griegos menores.

xlix.—Pág. 7. No espermentaria mas mortal amargura, aun cuando el mundo dejase de llamarme el padre de Cimodocea.

Esta forma tan patética era muy usada entre los griegos, y Ulises se sirve de ella en la *Iliada*, hablando de Telemaco.

l.—Pág. 7. Porque la cólera como el hambre es madre de los malos consejos.

El malesuada fames.  
VIRG., VI. 276.

li.—Pág. 7. Mas ¿quién pudiera igualar á las Gracias, sobre todo á la mas jóven, á la divina Pasitea?

Los nombres ordinarios de las Gracias son: Aglae, Talia, y Eufrosina. Homero llama Pasitea á la mas jóven, y en esto le ha seguido Estacio.

lii.—Pág. 7. Orfeo, Lino, Homero ó el anciano de Ascrea.

Poetas bien conocidos; el anciano de Ascrea es Hesiodo  
Ascreoumque cano romana per oppida carmen.  
VIRG., GEORG., II, 476.

liii.—Pág. 7. Al gran Filopémen y á Polibio amado de Caliope, hija de Saturno y Astrea.

Filopémen el postrer griego y Polibio el historiador eran naturales de Megalópolis en la Arcadia. Caliope, tomada aquí por la historia, era hija de Saturno y de Astrea, es decir del tiempo y de la justicia. Hé aquí el principio de la genealogia del principal personaje que ha de representar á los héroes de la Grecia. El nombre de Eudoro está tomado de Homero. Eudoro era tambien otro de los compañeros de Aquiles.

liiii.—Pág. 7. Dicé, Irene y Eunomia.

Son los nombres de las Horas segun Hesiodo, quien no cuenta mas que tres. Las Horas eran hijas de Júpiter y Temis.

lv.—Pág. 7. Y en vano suplicó á la noche estendiese sobre ella la dulzura de sus sombras.

En las ediciones precedentes se lee la *ambrosia* de sus sombras, voz griega que yo habia intentado trasladar al francés; pero además de que no puede decirse *derramar* la *ambrosia*, este giro me ha parecido algo afectado.

lvi.—Pág. 7. Era una copa de bronce de doble fondo.

Toda esta historia de la copa la he sacado de la *Iliada* y de la vida de Homero, atribuida á Herodoto. El escudo de Ajax era obra de Tiquio, famoso armero de la ciudad de Hilé. Homero se hospedó en casa de Creófilo de Samos, y es sabido que Licurgo fue el primero que llevó á Grecia los poemas de Ho-

mero, encontrados por el en casa de los descendientes de Creófilo.

lvii.—Pág. 8. Las gracias honestas.

Gratiæ decentes.  
HOR., lib. I, ODA IV.

lviii.—Pág. 8. Ostentaba en sus sienes una corona de papiro.

Esta era la corona de los poetas.

lix.—Pág. 8. Los dioses quisieron nacer entre los egipcios, porque son los mas agradecidos de los hombres.

Así lo dice Platon. Los egipcios tenían una ley contra la ingratitud; pero esta ley desgraciadamente no ha llegado hasta nosotros.

LIBRO SEGUNDO.

Este segundo libro de mi obra, lejos de haber sido criticado, ha merecido al contrario por lo general los elogios de todos los censores. Hay no obstante algunas personas que prefieren el primero por los bellos recuerdos que ofrece de la antigüedad. Y á decir verdad, el libro primero me ha costado mas estudio, habiéndolo revisado con mayor frecuencia y esmero.

NOTA PRIMERA.—Pág. 8. Y fue á descansar á Figalea, célebre por la abnegacion de los Orestasianos.

Figalea era una ciudad de la Arcadia, situada sobre la cumbre de un peñasco bañado en su falda por un riachuelo llamado Limaz, que se perdía en el Neda. Los figalenses, expulsados de su país por los lacedemonios, consultaron el oráculo de Delfos, que les respondió: «Lleven consigo los figalenses cien guerreros mozos de la ciudad de Orestasio: estos cien mancebos perecerán en un combate contra los espartanos, pero los figalenses reconquistarán su ciudad.» Los cien orestasianos se sacrificaron generosamente.  
(PAUSANIAS IN ARCAD., cap. XXXIX.)

ii.—Pág. 8. El príncipe de la juventud, el mayor de los hijos de Anceo...

Acerca de los pormenores de este sacrificio homérico, véase el libro III de la *Odisea* hácia el fin. El lomo de la victima se ofrecía á la persona á quien se queria obsequiar mas cumplidamente. Ulises lo sirvió á Demodoco en premio de sus cantos, como puede verse en el libro VIII de la *Odisea*.

iii.—Pág. 8. Los dones de Ceres, que Triptolemo hizo conocer al piadoso Arcas, reemplazan la rústica bellota...

Pelasgo, primer rey de la Arcadia, dió su nombre á su pueblo, y de él fue hijo Licoon que mas tarde fue transformado en lobo; Licoon dejó una hija llamada Calista, madre de Arcas, quien instruido por Triptolemo, enseñó á sus súbditos á sembrar el trigo, sustituyéndolo á la grosera bellota. (PAUSANIAS, IN ARCAD., capítulos I, II, III y IV.)

iv.—Pág. 8. Sepárase la lengua de la victima.

Ultima ceremonia del sacrificio.

v.—Pág. 8. No es permitido entrar en los templos de los dioses por medio del hierro.

En ciertos templos tampoco le era permitido entrar al que llevaba oro, segun Plutarco, ¡bella leccion moral! (Precept. Administ. pública.)

vi.—Pág. 8. No bien la aurora iluminó con sus primeros rayos el altar de Júpiter, que corona el monte Liceo...

En las primeras ediciones se leia *el templo de Júpiter*; en esto habia incurrido en una equivocacion; el monte Liceo era la montaña mas alta de la Arcadia, y llevaba el nombre de Monte sacro; porque Júpiter, segun los arcos, habia sido criado

allí. Habia en la cumbre de la montaña un altar dedicado á aquel Dios, y desde él se descubria casi todo el Peloponeso. Los hombres no podian entrar en el recinto consagrado á Júpiter. Los cuerpos no proyectaban sombra alguna en aquel sitio, aunque la hiriese el sol, etc. (PAUSANIAS IN ARCAD., capítulo XXXVIII; Viajes del jóven *Anacarsis*, véase *Arcadia*.)

vii.—Pág. 8. Se dirige con rapidez al templo de Eurinoma, oculto en un bosque de cipreses.

Este templo estaba situado doce estadios mas abajo de Figalea y un poco mas arriba de la confluencia del Limaz y del Neda; Eurinoma era hija del Océano. La estatua de esta deidad estaba anclada en el templo con una cadena de oro, y este templo no se abria sino una vez al año. (PAUSANIAS, lib. VIII IN ARCAD., cap. XLII.)

viii.—Pág. 8. Y salvando el monte Elayo, pasa la ruta en que Pan volvió á encontrar á Ceres.

Elayo distaba treinta estadios de Figalea hácia la derecha; y en esta montaña se hallaba la gruta de Ceres, llamada la Negra. Ceres afligida por el rapto de Proserpina, se vistió de negro, y se ocultó en la gruta del monte Elayo, para dar rienda suelta á su llanto. Perdianse los frutos y las mieses, los hombres perecian de hambre, y en tanto los dioses ignoraban donde se habia escondido la diosa. Pan, cazando en las montañas de la Arcadia, halló por fin á Ceres; y habiéndolo noticiado á Júpiter, este mandó que las Parcas fuesen á visitar á Ceres, y ellas aplacaron con sus ruegos la ira de esta diosa, consiguiendo restituyese á los hombres las cosechas. (PAUSANIAS, lib. VIII IN ARCAD., cap. XLII.)

ix.—Pág. 8. Los viajeros atraviesan el Alfeo mas abajo de la confluencia del Gortinio, y bajan hasta las transparentes aguas del Ladonte.

Ningun lector desconoce el Alfeo ni el Ladonte; el primero por sus amores con Aretusa y su paso por Olimpia; el segundo por la transparencia de sus aguas.

En agosto de 1806 atravesé una de las fuentes del Alfeo, seca entonces entre Leontari, Tripolitza y Misitra.

El Gortinio, dice Pausanias, es el rio mas famoso por la frescura de sus aguas (lib. VIII, cap. XXVII.)

Demodoco, saliendo de Figalea y bajando por el Alfeo, debia encontrar, primero el Gortinio y despues el Ladonte.

x.—Pág. 8. El sepulcro de aquel arcadio pobre y virtuoso, Aglaio de Psosis.

«Monstráronnos un pequeño campo y una choza muy reducida; allí vivia, hace algunos siglos, un ciudadano pobre y virtuoso, llamado Aglaio. Sin temores, sin deseos, ignorado de los hombres, ó ignorando lo que pasaba entre ellos, cultivaba sosegadamente su corta heredad, cuyos limites nunca habia traspuesto. Siendo ya muy entrado en dias, Jijes ó Cresos, poderoso rey de Lidia, envió unos embajadores al oráculo de Delfos, para que preguntasen si existía sobre la tierra un mortal mas dichoso que este principe. La Pitia respondió: Aglaio de Psosis.» (*Viajes de Anacarsis*, Arcadia.) Vese pues, que yo no he seguido esta historia, sino que he dispuesto á mi placer de la tumba de Psosis: bastárame que fuese la de un hombre cuerdo y venturoso, para que me pareciese bien colocada á la entrada de la heredad de Lastenes.

xi.—Pág. 8. La túnica... diferenciábase únicamente de la de los filósofos griegos en que era de un tejido blanco comun.

Es ocioso aquí hacer gala de vana erudicion, citando á los Santos Padres y á los historiadores eclesiásticos, Eusebio, Sócrates, Zonaro, etc.: la autoridad de Fleuri, autoridad tan fiel como agradable, nos bastará para las costumbres de los cristianos.

«Los cristianos nunca usaban vestidos de colores demasiado vistosos: pero San Clemente de Alejandria recomendaba el blanco, como símbolo de pureza.»

Todo el exterior de los cristianos era severo y desaliñado, ó por lo menos, sério y sencillo. Algunos abandonaban el traje ordinario y tomaban el de los filósofos, como Tertuliano y